

Marsella

Marsella: baño de alegría; Marsella: algo como la luz sonora y el aire luminoso, una animación que nos contagia y se nos entra por los poros al espíritu. Vive el griego de Focea, junto a su mar armonioso en cuyas orillas crecen los olivos. ¿No son griegas esas gallardas mozas, y esas Billitis apenas púberes que, que van por la calle y os sonríen de modo que os imagináis que el asunto es inmediato y está resuelto? Esa niña que acaba de pasar pródiga ya en condiciones calípicas y pectorales, tiene la seducción de la princesa Gyptis¹. Cualquier errante Protis está desde luego

¹ Según la leyenda, hace dos mil seiscientos años, la joven Gyptis, hija del rey ligur Nann, tuvo la ocasión de elegir a su esposo. Desdeñando a principios y herederos, eligió sin dudarlo al bello Protis. El aventurero foceo se casó encantado con la bella novia y recibió su dote, el territorio de Massilia. Jean Lorrain describe una “Gyptis plebeya esculpida por la luz en el azul del cielo provenzal” (*Propos d’âmes simples*, pp.2-3)

conquistado. En su parte nueva y en su parte vieja Marsella tiene la misma alma. Y por sus callejuelas, muelles y barrios marineros hay un hervor y un olor mediterráneos... ¿Gustáis de lo pintoresco? Seréis servidos de diferentes maneras. La ciudad tiene colinas como Roma. Posee un encanto especial que no es por cierto el de París. Conocéis el fanfarrón decir marsellés. Si París tuviera una Cannebière... La Cannebière es una gran calle bulliciosa², con algo de bulevar parisiense, pero sin la “mujercita” ni el rastacuero. Es decir, sin la mujercita toda pintura y nervios, y vicio y gracia que exageran su aire venal; pues mujeres, ya lo he dicho, las hay garridas, harto carnales, y de pupila y talle y muslo alegres. En cuanto a rastacuero, no hay más que el rastacuero verbal y de gesto y de ademán, aunque a decir verdad, yo que venía creyendo encontrar a cada paso al Marius de las comedias y chascarillos, cuando no al Tartarín famoso, no he dado con ninguno, y eso que llegué cuando M. Poincaré acababa de salir, y ardía aún el entusiasmo en

² « En la Cannebière, barrida de aguaceros y de rachas de viento,

el ambiente, y las banderas y los “lampions” adornaban aún las calles.

He cumplido con Marsella. He recorrido sus calles numerosas, alguna alameda de aire como la ciudad española, sus plazas, sus fondeaderos, sus muelles, hormigueantes de hombres de todas las razas, pues no es raro divisar tras la chilaba y la “chechia”, los turbantes verdes, rosas y blancos, con las cabezas bronceadas y morenas de los hindúes. Me he impregnado de relente salino, del olor a marea que se exhala de las innumerables ventas de pescado y de “coquillages” de todas suertes al aire libre. He comido ¿y cómo no? Una legítima “bouillabaise” en casa de Pascal³, a quien dan ahora más fama que al conocido Basso. Y si mi muy querido Julio Piquet descubrió un marisco de nombre sospechoso y ambiguo en un restaurant de Dakar, yo también he descubierto en la clásica Massilia otro, llamado “violet”, o patata de mar, y que de ambiguo y sospechoso tiene tan solo el aspecto, con su color

³ « La sopa de pescados de la casa Pascal » (Lorrain, op. Cit. P. 17)

amarillo esmaltado de verde, en su valva coriácea y saturada de yodos y sales.

No quise pasar por el “pont transbordeur” que parece cosa de arañas, ni baedekizar subiendo el ascensor de Notre Dame de la Garde. Pero me paseé por el “quai de la Fraternité”; visité el puerto viejo, hormigueante de carros y cargadores y tipos apachescos, los nervi de larga fama; una muchedumbre de puerto, en cuyos barrios, de noche, se debe dejar conducir el turista por un policía y por la sombra de Jean Lorrain. Pasé por La Joliette, tomé café en el café Turco, saludé la estatua de Puget; entré en la vetusta iglesia de Saint Victor, a ver el retrato de la Virgen que dicen que pintó San Lucas. Y en un carricoche por caballejos de buenas intenciones, fui – todo en amistosa e intelectual compañía – hasta la playa del Prado, y la Corniche, adorno suntuoso de la ribera, y des desde donde la mirada abarca el vasto mar, el ramillete de islas, perspectivas de encanto, y, cerca, “villas” entre flores.

Cumplí con Marsella: celebré su palacio Longchamp, con vagas pretensiones de Trocadero, con su “château d’eau”, sus animales de piedra, sus genios y sus tritones. Recorrí todo lo que se puede recorrer de paso, vi todo lo que se puede ver y admiré todo lo que había que admirar. Y sobre todo, ese bello espíritu de la raza que desde antiguo asienta y sostiene sus prestigios. Lo poético no le quitó lo valiente y lo laborioso. Ese contacto por el mar con todas las tierras del mundo, guarda aún la gracia que le imprimiera el ser portadora y propagadora de la gracia y de la cultura helénicas.

Y el don del goce de la vida es un maravilloso don. No sino a un país en donde la luz triunfa debía de venir según la tradición, después de haber estado en la región de la eterna sombra misteriosa, Lázaro el resucitado y María Magdalena que llegó por el amor humano al infinito Amor.

Cuando la noche se animaba, después de la comida, en que nunca dejaréis de hacer honor a manjares marinos, o

perfumados del indispensable ajo y en los cuales el aceite provincial da su sano contingente, un amigo me invita a una jira por el « quartier réservé ». Y de nuevo pensáis en ciertas escenas y escenarios de Jean Lorain, todavía no olvidado. Vida nocturna en puerto de mar, y si este mar es el Mediterráneo, ya se sabe lo que es. Es el pulular de todos los vicios, la fermentación continua de los bajos instintos, el placer barato en el punto de cita de las tripulaciones. No faltará el tugurio donde los que han vuelto de las largas estadias extremo-orientales, se entren a pasar horas de embestiamiento, o de o de ensueño artificial, envenenándose con el uso de la « touffiane », el opio, que será muy « mightly » y muy « subtil », pero que pasando, según dicen, por vagos paraísos con alternativas de terribles infiernos, conduce de seguro al anonadamiento de la voluntad y a la muerte, como la cocaína, la morfina y otros alcaloides demoniacos, y, como, en menor escala fulminante, pero con menos alcohol.

El barrio reservado se parece a todos los barrios reservados de las grandes ciudades marítimas y de otras que no lo son, y que en Buenos Aires está constituido por los antros viciosos de la Boca. Pero a nada se parece más que el barrio reservado de La Habana, al embrujado San Isidro – con ventaja en «caractère» para aquella susurra del trópico, en donde el elemento negro introduce sus infiernos africanos con raras bambulas, que el criollo transforma en «rumbas» cantáridas y en una licencia que va más allá de los límites de lo inaudito el «porno » de una tierra de fuego, la zambra del antiguo *ñanigo*, un rincón pentapolitano.

En el « quartier réservé marseillés » hay más iluminación y quizá menos sordidez que en el habanero. Desde luego, precede al centro bajo marineril un lado costoso, en donde la mercancía humana está anunciada con brillantes letreros de bombillas eléctricas, como las « at[t]ractions » de una feria yanqui, o las barracas de una Renilly.

Se lee : « Citerea », « Rose » « Jeannette », etc. Y una muchedumbre animada, circula, gesticula, ondula por la vía llena de claridad. Más allá están las reclusas del diablo. En una fila de cuartuchos, verdaderas celdas, que dejan ver los detalles del alumbrado, están las infelices, deshechos femeninos, de todos los aspectos, de todas las edades, y casi diría de todas las nacionalidades, pues las interpelaciones y los llamamientos se oyen en varias lenguas. Como en La Habana. Y como en La Habana, a las luces múltiples, va entre la concurrencia curiosa o ungida, buen golpe diseminado de agentes de policía, que harto por cierto se necesita. Allí está la cloaca de la Marsella navegante, activa, trabajadora, de la industria y de las transacciones comerciales, de las « forges et chantiers », de las construcciones, del material naval, de la segunda ciudad francesa por su población, de uno de los grandes puertos desde donde Francia se comunica con las más lejanas regiones del universo.

Antes de salir de la ciudad sonora, he vuelto a estar en la Cannebière. Noto que animación es contagiosa, reconstituyente, animadora. En París se siente una inquietud constante en las gentes que uno mira, hombres y mujeres, un desasosiego especial, y hasta la alegría tiene un algo de nervioso y de inquietante. Se tiene la sensación a veces de circular por una inmensa ciudad poseída de locura colectiva.

La complicación sexual es inminente, y parece que no se pensase en otra cosa. Todo va a para allí. Aquí, desde luego, el ambiente de satisfacción vital se impone, se va al placer amoroso también, pero más naturalmente, o mejor, más paganamente, a la griega, como en Nápoles. No hay tanta engañifa y tanta artificialidad; el « gibier » es menos « faisandé ». Luego, hay menos alcoholismo. El ajenjo se suele ver en las mesas de los cafés; pero, como todos los licores, es servido en vasitos que el consumidor vierte en el vaso grande donde ha de preparar su poción; y muchas veces he visto que dejan la mitad de lo servido, y nunca advertí que

nadie repitiese con la fija voluntad de intoxicarse, como en una terraza o bar bulevardero.

La rada con sus faros, los docks, la extensión del puerto, las masas de cascos y los intrincamientos de arboladuras; los amontonamientos de bultos y barricas, el bosque de jarcias, todo habla de las navegaciones, de las empresas coloniales, de un pasado naval y comercial glorioso, desde remotas épocas, hasta la liberación del Mediterráneo de la piratería berberisca y las relaciones con el Extremo Oriente de las especias y de las raras mercaderías, y el establecimiento de la prestigiosa compañía de las Indias, cuyos navíos portadores de riqueza fueron algo como los galeones de la Francia extensiva.

Dejo Marsella conquistado por su vitalidad y su encanto de princesa de Mediodía. Y antes de irme os he de revelar un secreto que habéis de agradecer, si sois amantes de la culinaria, que habréis de considerar, por supuesto, como una de las bellas artes. La « bouillabaise » que coméis

en Marsella es la única bouillabaise posible; la de otras partes, comenzando con la de Paris, aunque ella sea hecha en casa de Prunier, no es sino una sombra, o una suposición de bouillabaise... y es que el secreto del excelente poema está en la «rascasse», un pescado que si sale de Marsella llega a Paris inutilizado para su objeto; y la bouillabaise sin rascasse es como una carne con cuero sin cuero, o mejor, como un «civet» sin liebre, o una muchacha sin gracia, o un clavel sin perfume. ¡Así!

Y por eso, los que queráis saber lo que es un plato prócer, que contiene el misterio de Anfitrite y el secreto de las fechorías de la Anadiómena, cuando vayáis a Paris inevitable, pasad por la antigua Focea de Francia, y ya me daréis buena noticias!

Rubén Darío

Publicado en la Nación, 8 de enero de 1914, p. 4 firma

RUBÉN DARÍO